

Cotidianidad y guerra. Experiencias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*

Everyday life and war. Experiences of the Apostadero Naval Malvinas members' in the South Atlantic conflict

*Andrea Belén Rodríguez***

RESUMO

El 2 de abril de 1982 tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas, lo que provocó el estallido de la única guerra del país en el siglo XX. Luego de dos meses y medio, el 14 de junio, la misma finalizó con su rendición. Durante ese período, quienes estuvieron en las islas desarrollaron diversas estrategias para vivir, y sobrevivir, en condiciones extraordinarias, aprendieron a estar diariamente sometidos a los bombardeos, incorporando la muerte a su cotidianidad, y configuraron nuevos lazos entre los compañeros de posición, destino, unidad.

Los miembros del Apostadero Naval Malvinas fueron uno de los pocos grupos que existió los 74 días que duró la guerra, en tanto dicha unidad fue creada el mismo día del desembarco y continuó en actividad hasta el término del conflicto. El objetivo del artículo es, en principio, reconstruir la cotidianidad de este grupo durante la guerra y los cambios que se operaron, teniendo en cuenta el contexto bélico, la cantidad de personal, los espacios compartidos, las actividades que realizaron. En ese marco, se busca analizar uno de los elementos que atravesó esa cotidianidad: la convivencia y las relaciones que se configuraron entre sus miembros, a partir, principalmente, de fuentes orales.

PALAVRAS-CHAVE: Historia Reciente; Historia Oral; Guerra de Malvinas; Experiencias; Cotidianidad; Apostadero Naval Malvinas.

ABSTRACT

On 2 April 1982 Argentine forces landed in the Malvinas islands, which provoked the outbreak of the only Argentine war in the 20th century. After two and a half months, on 14 June, it ended with his surrender. During that period, who were in the islands have developed various strategies for living and survival in extraordinary conditions, learned to be subject to daily shelling, incorporating the death of his everyday life, and shaped new ties between colocation, destination, unit.

The Apostadero Naval Malvinas members' were one of the few groups that lived together the 74 days that the war lasted, because that unit was created the same day of the landing and existed until the end of the conflict. The aim of this article is, primarily, to reconstruct the everyday life of this group during the war and the changes that took place, considering the context of the war, number of personnel, shared spaces, activities that took place. Within this framework, it analyzes one of the elements that was always present: their life together and the relationships that were built among its members, using, mainly, oral sources.

KEYWORDS: Recent History; Oral History; Malvinas War; Experiences; Everyday life; Apostadero Naval Malvinas.

* En este trabajo se presentan algunas de las temáticas abordadas en mi tesina de Licenciatura en Historia denominada *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*, defendida en la Universidad Nacional del Sur (UNS) en 2008.

** Doutoranda em História na Universidad Nacional del Sur (UNS) e bolsista do Conselho Nacional de Investigações Científicas e Técnicas (CONICET) / Argentina.

En el año 1982, tropas argentinas e inglesas se enfrentaron por –y en– unos territorios helados y perdidos en el Océano Atlántico, las islas Sándwich, Georgias y Malvinas, desde el 2 de abril hasta el 14 de junio. En ese entonces, la Junta Militar que gobernaba el país, decidió lanzar un operativo para cumplir un viejo anhelo: recuperar las islas reivindicadas y reclamadas por la Argentina desde el mismo momento de la ocupación inglesa en 1833,¹ objetivo que desde hacía tiempo estaba en los planes de las Fuerzas Armadas (FFAA). La recuperación de las islas era una reivindicación de larga data que formaba parte del imaginario colectivo de la sociedad argentina para la que el símbolo Malvinas representaba una causa nacional, a la que el régimen militar gobernante en 1982 –una dictadura que había reprimido, detenido, torturado y asesinado a miles de ciudadanos– acudió como una forma de cimentar su legitimidad en un contexto de fuerte crisis.²

La guerra por Malvinas fue el único conflicto bélico protagonizado por la Argentina en el siglo XX. Si bien breve, ya que sólo duró 74 días, ese enfrentamiento se convirtió en una marca imborrable en la vida de los alrededor de 13.000 efectivos³ que estuvieron en las islas, combatiendo o realizando diversas actividades, en las que la posibilidad de matar y/o morir estuvo constantemente presente.

Este artículo pretende reconstruir la cotidianeidad de un grupo en particular que estuvo en las islas durante esos dos meses y medio, los integrantes del Apostadero Naval Malvinas, y los cambios operados en la misma, teniendo en

¹ Para los fundamentos argentinos y británicos sobre la soberanía de las islas y la historia de las negociaciones diplomáticas desde la ocupación inglesa hasta el conflicto de 1982, ver: Bosoer (2007); Cardoso, Kirschbaum y Van Der Kooy (2007); Cisneros y Escudé (1999); Del Carril (1986); Freedman y Gamba-Stonehouse (1992); Informe *Rattenbach* (2000).

² El 24 de marzo de 1976 las FFAA se adueñaron del poder mediante un golpe de Estado al gobierno presidido por Isabel Martínez de Perón y establecieron una dictadura militar que se autodenominó Proceso de Reorganización Nacional y duró hasta el 10 de diciembre de 1983, teniendo de hecho como uno de los factores de su retiro la derrota en Malvinas). Para 1982 el régimen militar enfrentaba una grave crisis económica, social y política, cuyos síntomas habían comenzado a evidenciarse con las denuncias nacionales e internacionales por las múltiples violaciones a los derechos humanos que había cometido la dictadura, sumadas a una creciente movilización antidictatorial social, simbólica y política, en el marco de un gobierno inconstitucional con graves falencias administrativas e institucionales. En ese contexto, el desembarco en Malvinas –una causa nacional arraigada en gran parte de la sociedad argentina– aparecía como el “conflicto perfecto” para recuperar la legitimidad perdida por el régimen y promover la unidad nacional. (GUBER, 2001; LORENZ, 2006; NOVARO y PALERMO, 2003).

³ La cifra de los efectivos totales enviados a las islas varía según la fuente que utilizamos. La consignada es un término medio entre las que se enumeran en las siguientes obras de: BALZA (2003); CEBALLOS y BURONI (1992); MORO (1985).

cuenta diversas variables como las actividades realizadas, los espacios compartidos, la cantidad de personal y el contexto bélico. En ese marco, se busca analizar uno de los elementos que atravesó esa cotidianeidad: la convivencia y las relaciones interpersonales que se tejieron entre los miembros de la unidad.

La perspectiva que aquí se propone, el análisis de las experiencias individuales, sin por ello perder la mirada de conjunto, permite complejizar el relato tradicional del conflicto bélico, distanciándose de la historia militar. Por el contrario, este tipo de historia, en tanto se concentra en la individualización del recuerdo e intenta devolverle los rostros, los nombres y apellidos a los protagonistas, las emociones y sentimientos a sus experiencias, tiende a subvertir o refutar la historia militar que los desdibuja en aras de un relato colectivo y uniforme (HYNES, 1999).

Así, el artículo pretende ser un aporte a la historia social de la guerra, la que hasta el momento continúa siendo una cuenta pendiente en la historiografía sobre Malvinas, ya que si bien existe gran cantidad de bibliografía sobre el conflicto escrita desde el género testimonial, las relaciones internacionales o la historiografía militar, todavía son muy escasas las investigaciones que trabajan a partir del análisis de las experiencias de los actores.⁴

Consiguientemente, la historia oral se presenta como el recurso ideal para reconstruir las experiencias de los protagonistas. El trabajo se basa en 17 entrevistas, que dan cuenta de un colectivo heterogéneo, ya que incluye oficiales, suboficiales, conscriptos, profesionales y militares de carrera, voluntarios, retirados y militares en actividad.

Específicamente el trabajo se basa en entrevistas orales semiestructuradas, que buscaron profundizar en el relato de historias de vida de los protagonistas. Para ello el punto de partida fue un cuestionario inicial que funcionó a modo de guía, el cual estaba estructurado en tres etapas: la previa al conflicto, la referente a la guerra en sí y el período de posguerra, que abarcaban preguntas que tenían que ver principalmente con sus vivencias, emociones, percepciones y opiniones, aunque también con cuestiones factuales de la guerra. La gran mayoría de las entrevistas fueron individuales, sólo en un caso, se realizó de a

⁴ Las únicas investigaciones publicadas desde esa perspectiva al momento son las de Guber (2001 y 2004), cuyo análisis se centra durante la guerra en el continente y la posguerra, y Lorenz (2006), que abarca el conflicto y la posguerra.

dos protagonistas, compañeros en la guerra y amigos en la actualidad, y frecuentemente consistieron en más de un encuentro con los entrevistados, en diversos lugares, como sus hogares, bares, la residencia de la autora.

Por otro lado, la elección de a quiénes entrevistar no fue una mera decisión cuantitativa. Por el contrario, como la historia oral es una metodología cualitativa, su representatividad no está dada por el peso numérico de las entrevistas, sino en tanto las mismas abarquen las diferentes experiencias de los miembros del Apostadero Naval. Por ello la intención fue realizar una muestra lo más representativa posible, construyendo tipos sociales, es decir estableciendo los perfiles de las personas a entrevistar, de forma tal de lograr un cierto equilibrio entre los mismos, teniendo en cuenta tres tipos de variables. En primer lugar, aquellas relacionadas con la identidad del actor y con su trayecto en la etapa previa al conflicto, a saber: la edad, la clase social, la formación académica, política y profesional, la condición de civil o militar, la historia en las FFAA, el rango militar. En segundo lugar, variables propias de la guerra, a saber: el período de permanencia en las islas, el destino al que fue trasladado, las actividades a las que se dedicó, su participación en el combate y la intensidad de los mismos. En tercer lugar, factores relacionados con la posguerra, en particular la continuidad de la carrera militar o servicio militar obligatorio, la facilidad o dificultad en la reinserción laboral, estudiantil y en otros ámbitos sociales, la relación o no con otros protagonistas del conflicto, la participación en proyectos, asociaciones o iniciativas tendientes a conservar la memoria de la guerra, la condición laboral, de retirado o en servicio, de los actores (RODRÍGUEZ, 2008).

El trabajo parte de la consideración que los testimonios orales son relatos desde el presente del pasado vivido y, por tanto, están surcados por olvidos, silencios, huecos, resignificaciones y reconstrucciones. Todo testimonio es memoria, y por ende no es un relato fiel de lo acontecido en el pasado, sino una narración realizada desde el presente de quien relata y atravesada por múltiples cuestiones, como la identidad del narrador -sus intereses, luchas, objetivos, proyectos, etc.-, su posición en la sociedad y los marcos sociales de su relato.⁵ Un ejemplo típico son las evaluaciones del conflicto realizadas *ex post* por los

⁵ La bibliografía al respecto es realmente extensa. Aquí tuvimos particularmente en cuenta: Carnovale (2007); Carnovale, Lorenz y Pittaluga (2006); Jelin (2001); Ricoeur (2004).

entrevistados a partir de la información que disponen en el presente, pero que en el pasado dudosamente podrían haber tenido.

Estas cuestiones fueron tenidas en cuenta a lo largo del análisis, y de hecho fueron una herramienta para enriquecerlo y lograr una mayor complejidad en la interpretación y comprensión de los relatos. Igualmente consideramos que la continua confrontación de las fuentes orales, en primer lugar, entre ellas mismas, y, en segundo lugar, con otros tipos de fuentes, hacen un relato de historia oral que no pierde rigurosidad veritativa.

En cuanto a las otras fuentes utilizadas en el artículo como complemento y contraste de los relatos orales, son de destacar, en primer lugar, aquellas que provienen de los archivos personales de los entrevistados, como cartas, telegramas, informes. En segundo lugar, también se tuvieron en cuenta memorias publicadas de protagonistas pertenecientes a esta unidad (GAFFOGLIO, 1984; HERRSCHER, 2007; NI COLO, 2004) o a otras unidades de la Marina que interactuaron con ella o que sirven como punto comparativo (BONZO, 1992; ROBACIO y HERNÁNDEZ, 1996). En tercer lugar, se consultó el periódico *La Gaceta Argentina* que fue publicado en las islas. En cuarto lugar, se tuvieron en cuenta algunos documentos oficiales, aunque limitados porque la documentación sobre la guerra opera en manos de la Armada y es aún información clasificada. En tal sentido, se logró el acceso a algunos documentos que fueron publicados en revistas y periódicos institucionales -principalmente la Revista *Desembarco*-, otros fueron provistos por los entrevistados -como el Acta de creación del Apostadero y de Relación del personal naval originario de la unidad-, y, finalmente, otros como el listado actual del Apostadero, fueron provistos por la misma institución. Además se tuvieron en cuenta los informes generales de la guerra publicados por las FFAA; particularmente fue de gran utilidad el denominado Informe *Rattenbach* (2000), realizado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur en 1983, y el informe sobre la Armada que lo complementa publicado en la obra *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur* de Mayorga y Errecaborde (1998).

El artículo se divide en cuatro apartados, a lo largo de los cuales se analizan las continuidades y rupturas en la cotidianeidad que existieron en distintos momentos de la guerra: durante los primeros días de abril, mientras

sólo estuvo el grupo originario del Apostadero; el resto del mes de abril hasta el 1º de mayo, período durante el cual arribaron gran cantidad de integrantes a las islas; desde el estallido de las hostilidades hasta fines de mayo, cuando comenzó la vida bajo bombardeo, y los últimos días de la guerra, en junio, durante los cuales un pequeño grupo del Apostadero fue trasladado al frente de batalla, lo que impactó fuertemente en la configuración de sus relaciones sociales.

Los fundadores: un “grupo homogéneo”⁶

A fines de marzo de 1982, un grupo de 20 personas que había sido convocado días atrás para participar en una misión secreta en el sur, partió desde Puerto Belgrano junto a una gran flota que trasladaba cientos de efectivos de la Armada y un pequeño grupo de Ejército.⁷ La flota estaba navegando hacia las islas Malvinas, pero sólo un pequeño grupo de oficiales, entre quienes se encontraba el futuro jefe del Apostadero, estaba informado del destino de la operación. El plan de la Junta Militar consistía en ocupar las islas mediante una rápida y eficaz operación y dejar luego un reducido destacamento de 500 efectivos como factor de presión para reactivar las negociaciones diplomáticas, que se hallaban paralizadas hacía tiempo. En este plan el factor sorpresa era fundamental y por ello el secreto fue celosamente guardado.

Ese grupo de 20 personas estaba conformado por oficiales (un capitán de fragata, dos tenientes de navío y un teniente de fragata); suboficiales superiores (dos suboficiales primeros, dos suboficiales segundos); suboficiales subalternos (un cabo principal, tres cabos primeros, siete cabos segundos); un conscripto; profesionales (un bioquímico y un contador); y militares de carrera de diferentes especialidades, en su mayoría técnicos navales, como maquinistas, furrieles, electricistas, del área Construcciones Navales y Control Averías, excepto 5 de ellos que pertenecían a Marinería. En todos los casos, excepto

⁶ Expresión de Ramón Romero, cabo, 22/06/2007.

⁷ La Armada de la República Argentina (ARA de ahora en más) tuvo un papel fundamental en la guerra de Malvinas, y en realidad en la historia de larga data de la recuperación, ya que instó continuamente a recuperar las islas (se registran planes concretos desde el comienzo del Proceso de Reorganización Nacional e incluso desde 1962; y respecto al operativo que terminó en el conflicto de 1982, el entonces comandante en jefe de la Armada Isaac Anaya fue su principal impulsor), planificó el operativo del 2 de abril de 1982 y comandó el desembarco en las islas y la primera organización de la presencia argentina. (ANAYA, 1988; CARDOSO, KIRSCHBAUM y VAN DER KOOY, 2007; Informe *RATTENBACH*, 2000).

Adolfo Gaffoglio,⁸ la máxima autoridad, estaban trabajando en la Base Naval Puerto Belgrano al momento de su convocatoria, aunque provenían de diversos destinos: Crucero General Belgrano, Destacamento Naval de Playa, Hospital Naval, Centro de Operaciones y la administración de la Base.⁹

Ese grupo bien heterogéneo que iba a convertirse en el “fundador” del Apostadero Naval Malvinas, pasó los 5 días de navegación embarcados en el rompehielos Almirante Irizar, específicamente se alojaron en un laboratorio del buque. A lo largo de la travesía, un tremendo temporal azotó a la flota, lo que terminó provocando el cambio de la fecha del desembarco en las islas del 1º al 2 de abril.

Como consecuencia de la tormenta, algunos la pasaron realmente muy mal, sobre todo aquellos que no estaban acostumbrados a navegar. Pero también esa primera dificultad dio pie para que se produjeran los primeros contactos entre los integrantes del grupo, para comenzar a conocerse y construir los primeros vínculos, como recuerda el oficial¹⁰ Roberto Coccia:

Una navegación malísima, el barco saltaba, rebotaba en el agua, hacía ochos [...]. Era terrible, terrible era, yo me descompose, estuve tres días más o menos tirado arriba de la cama. [...] Y el otro oficial que era Peratta [...] venía caminando como si nada pasara, me venía a traer

⁸ El entonces Capitán de fragata Adolfo Gaffoglio tenía 48 años y una larga trayectoria en la ARA para 1982. Gaffoglio ingresó a la escuela naval en 1952 y se recibió de Especialista en armas submarinas y orientador de submarinos. Durante su carrera, estuvo destinado a diversos buques y submarinos, se desempeñó como profesor en distintas escuelas militares y fue Jefe del Estado Mayor del Área Naval en Corrientes. Su vinculación con las islas Malvinas se remonta a principios de 1980, cuando lo designaron “Representante de la Armada Argentina ante el gobierno de ocupación en las Islas Malvinas”, cuya función consistía en viajar periódicamente a Malvinas previo a la llegada de los buques ARA Bahía Buen Suceso, ARA Islas de los Estados o Cabo San Pío, para gestionar ante la *Falkland Islands Company* -principal empresa británica en las islas que monopolizaba las actividades agrícolas y comerciales- la reserva del muelle, provisión de remolcadores, estibadores, entrega de remitos de carga, pago de gastos de estadía y cobro de fletes. Al regresar de cada viaje, el Capitán debía redactar un informe para el departamento de Inteligencia que funcionaba en el Edificio Libertad en Buenos Aires, del cual dependía, desarrollando todo aquello que consideraba de interés político y estratégico para la Armada. El último viaje que realizó antes del desembarco, el 4 de marzo de 1982, tuvo como objetivo identificar playas aptas para tal propósito, presencia de unidades militares en las islas, lugares donde se encontraban los armamentos. De hecho, por su gran conocimiento de las islas, Gaffoglio tuvo un rol preponderante en la planificación del desembarco: participó de diversas reuniones, asesoró a los distintos comandos de las unidades que participarían el 2 de abril sobre las características geográficas y morfológicas de las islas, propuso formas y lugares de desembarco. Incluso, los informes que había elaborado sobre cuestiones militares y estratégicas, y sobre las características económicas, sociales, políticas y culturales de los isleños, fueron materiales fundamentales en la planificación del desembarco. (Ver: Adolfo Gaffoglio, 30/11/2007; Testimonio de Gaffoglio en: BUSSE, 1984).

⁹ Ver: Relación del personal naval APOSVINAS, Anexo III.

¹⁰ Los rangos militares que se mencionan datan de la época del conflicto. Para una breve descripción de los entrevistados ver al final del artículo.

pan y pechuga de pollo, me metía pechuga de pollo en la boca y pan, me dice “dale, comé, comé que esto...”[...] Y de golpe, se me pasó, el día 1º a la tarde se me pasó todo. (04/08/2007)

Los integrantes del grupo que estaban encerrados en el espacio reducido del laboratorio, que nada podían hacer durante la navegación, comenzaron a conversar, a conocerse: “Así que ahí navegamos los 4 días, hasta el 2 de abril navegamos en ese laboratorio, durmiendo en el piso adentro de las bolsas de dormir. [...] Así que nos conocimos ahí. Y bueno, vos compartís, nos empezamos a conocer en el momento”. (Ramón Romero, cabo, 22/06/2007)

Mapa nº 1: Islas Malvinas



Fuente:

Visitingargentina.com. Disponible en <<http://www.visitingargentina.com/mapas/mapa-islas-malvinas>>.

Las acciones siguientes durante el día del desembarco contribuyeron a hacer más fuertes esos lazos. El grupo de 20 personas era personal técnico o de Marinería, muy diferente del resto de las tropas de combate que participó en la operación y, por lo tanto, esa diferencia con el resto, esa particularidad que los

individualizaba y aislaba, también fortaleció los vínculos al interior del grupo.

Durante el 2 de abril los integrantes del grupo se dedicaron a diferentes actividades y misiones, algunas de las cuales tuvieron que ver con el éxito de la operación militar, como la limpieza de la pista del aeropuerto, que estaba repleta de obstáculos para impedir su utilización; el traslado de los *marines* prisioneros y la vigilancia de otros, hasta otras actividades relacionadas con la misión específica para la que habían sido convocados: la creación del Apostadero Naval, la organización y puesta en funcionamiento del puerto de la capital de las islas, ahora denominada Puerto Argentino.¹¹

Una vez que finalizó el operativo militar, en un mástil cercano al puerto, la misma tarde del 2 de abril, se realizó una ceremonia oficial en la que se fundó el Apostadero Naval Malvinas: “Recorrí con mi gente nuestra futura jurisdicción, hasta detenernos frente al mástil de la Compañía, hice formar al personal y arriamos la bandera británica izando por primera vez la argentina del Apostadero Naval Malvinas (...)” (GAFFOGLIO, Apud. BUSSEY, 1984: 326-327).¹² El Apostadero se constituía así en la primera unidad de la ARA en las islas Malvinas creada específicamente para la guerra, a diferencia del resto de las unidades que preexistían al conflicto, como los batallones y regimientos que participaron en el mismo. Se trataba de una unidad de fundamental relevancia

¹¹ La capital de las islas, denominada Port Stanley por los ingleses, no tuvo nombre oficial hasta el decreto del 21 de abril, mediante el cual se la denominó Puerto Argentino. Previamente la capital había recibido el nombre de Puerto Rivero por la prensa argentina, en honor al gaucho que peleó contra las fuerzas de ocupación británicas en el siglo XIX; denominación que le había sido dada por el Comando Cóndor en 1966. (GUBER, 2001: 109-110).

¹² El Apostadero se creó por orden del contraalmirante Gualter Allara, el comandante de la Flota de Mar, y el jefe designado fue Adolfo Gaffoglio. Entre los considerandos del acta datada el 2 de abril, se indicaba: “2) Que las Islas poseen medios de apoyo basado en los puertos. 3) Que algunas de dichas instalaciones, a la fecha, ya están apoyando a los buques de la flota de mar. 4) Que se prevé como un hecho, la necesidad de utilización futura de dichas facilidades. 5) Que es necesario conservar y coordinar dichos medios, para brindar un servicio eficiente y coherente.” (Acta de creación del APOSVINAS, 1/82 “B”, 02/04/1982). Es relevante destacar que en un comienzo, el Jefe del Apostadero fue la principal autoridad naval de las islas, bajo cuya jerarquía se encontraban todas las unidades navales en Malvinas (los buques logísticos y lanchas de desembarco, una sección de infantería de marina destinada a vigilar la zona y un grupo de buzos tácticos). Esta situación permaneció sólo hasta el 8 de abril, cuando arribó el capitán Antonio Mozzarelli a las islas con el cargo de jefe de la Subárea Naval Malvinas, unidad de mayor jerarquía y de la que pasó a depender el Apostadero. A medida que fueron aumentando la cantidad de efectivos en las islas, paulatinamente se fueron organizando y delimitando las jurisdicciones de las unidades. Así, el 27 de abril las estructuras jerárquicas de la ARA quedaron definitivamente organizadas cuando asumió el contralmirante Edgardo Otero como máxima autoridad de la Agrupación Naval Malvinas, de la que dependían todas las unidades navales en Malvinas. Por otra parte, desde el 7 de abril la máxima autoridad en Malvinas pasó a ser el gobernador y comandante militar de las islas, el General Mario Benjamín Menéndez. (Desembarco, 1995).

puesto que se encargaba de la coordinación de “las instalaciones portuarias de las islas”, es decir que organizaba el arribo y salida de embarcaciones a Malvinas –fundamentales para el abastecimiento logístico por su carga de víveres, municiones, medicamentos, ropa de recambio, entre otros-, su personal realizaba la estiba de la mercadería que traían los buques, organizaba su depósito en uno de los galpones que había en el puerto, y, en un comienzo, coordinaba la distribución y el racionamiento logístico a todas las unidades navales diseminadas en las islas.

Mapa nº 2: Plano de Puerto Argentino (1982)



Fuente:

El Apostadero Naval Malvinas en Internet. Disponible en: <<http://www.geocities.com/pentagon/barracks/4333>>.

La unidad funcionó en el muelle principal del puerto, el muelle este, dependiente de la *Falkland Islands Company*¹³. Dentro de lo rudimentarias que eran las instalaciones portuarias en su totalidad, ese muelle era el mejor

¹³ Los otros muelles que existen en la capital son conocidos como: público, oeste y de la gobernación.

acondicionado para las actividades de descarga y estaba rodeado por diversos galpones que servían como depósito de la mercadería que comerciaban.

La organización del puerto y la efectiva puesta en funcionamiento fue una tarea ardua y compleja, de ensayo y error, que fue llevada a cabo en la primera semana de abril. En un principio, la mayoría del personal tuvo como principal actividad la estiba de la mercadería que traían los buques. Se trató de un arduo y sacrificado trabajo de descarga, en donde aparecieron las primeras dificultades: a lo rudimentarias que eran las instalaciones portuarias y la carencia del instrumental necesario para descargar los buques con lo que la estiba debía realizarse a mano, se sumaba la falta de preparación de la mayoría del personal, que en realidad eran especialistas en otras áreas técnicas, como la reparación, mantenimiento y construcción de buques, o las tareas administrativas (ver *supra* las especialidades), pero no en actividades logísticas de este tipo (RODRÍGUEZ, 2008). Además, en esa primera semana otros pequeños grupos dependientes del Apostadero realizaban otras actividades como la reparación y control de las lanchas de desembarco, la vigilancia del Faro Pembroke, luego denominado San Felipe, y la vigilancia del muelle de combustible en Camber, una península que se encuentra frente a la capital de las islas.

Al mismo tiempo que se dedicaban a esa frenética actividad de carga y descarga a hombro de los pertrechos de los buques, comenzaron a construirse los primeros lazos entre los integrantes del grupo pionero del Apostadero. La convivencia entre ellos inmediatamente fue muy buena, y de hecho gran parte de los entrevistados destacan que se trataba de “un grupo homogéneo”, es decir, un grupo en el que había cierta igualación en el trato y una horizontalización de las relaciones, como destaca el cabo Ramón Romero: “Hasta ese momento éramos todo uno, viste, éramos los 18, éramos un grupito, casi a pesar de que había diferencias de grado y eso, éramos un grupo homogéneo.” (22/06/2007). Incluso dormían y comían juntos en uno de los galpones del puerto como relata Hugo Peratta: “[La convivencia era] Muy buena, muy buena, muy... sin ningún problema viste. Comíamos juntos ahí, porque la primera noche la pasamos en un galpón de mierda, lleno de lana de oveja, y ahí comíamos las latas que nos habían dado.” (Oficial, 19/10/2007).

El cabo Daniel Peralta recuerda que no era necesario el distanciamiento de las jerarquías para establecer una férrea disciplina y orden, porque las “cosas

estaban como engranadas”, cada uno sabía perfectamente cuál era su rol y lo que tenía que hacer: “Parecía que estaban las cosas engranadas, en seguida te adaptabas a las circunstancias, o sea que no tenías tiempo para decir no, o evaluar esto sí, esto no, nada, directamente había que hacerlo, se hacía.” (11/11/2007).

Además, durante los primeros días de abril, no se vivía una situación demasiado tensa. Esta circunstancia se debía a que el plan de “ocupar para negociar” propuesto por la Junta Militar se basaba en dos supuestos: “que Gran Bretaña no tendría una reacción considerable debido al costo integral que ello le presupondría, y que, aún en el caso de intentarlo, EEUU se opondría a una escalada militar en el Continente”. (INFORME *RATTENBACH*, 2000: 147). La convicción de que no iba a haber una respuesta británica y que regresarían al continente sin luchar no fue privativa de las altas esferas militares sino que se expandió en las tropas en las islas desde un comienzo, lo que contribuyó a la conformación de lazos y en una cotidianeidad relajada.

Desde la perspectiva de los integrantes del grupo, la homogeneidad estaba dada por cierta horizontalización de las relaciones entre sus miembros, sin importar las jerarquías, producto del compartir el mismo espacio en iguales condiciones, donde disfrutaron de iguales beneficios, sufrieron las mismas dificultades y realizaron las mismas actividades. Tal vez el hecho de que fueran pocos y que algunos de los oficiales de mayor rango fueran jóvenes puede explicar esa situación. Comentando sobre la limpieza de la pista del aeropuerto, Roberto Coccia recuerda la siguiente situación:

Trabajábamos, cuando digo trabajamos todos pusimos lo nuestro, por lo menos del grupo nuestro, todos pusimos lo nuestro. Yo sé que algunos otros no trabajaron. Yo vi cosas, yo vi gente de Ejército que ordenaba, ordenaba, y terminaban trabajando los conscriptos. Por eso, la diferencia es abismal entre el conscripto de Marina y el conscripto de Ejército, pero siempre fue así, no es de hoy, de ese momento, era distinta, la formación y la relación, este, que había dentro del servicio militar, en cada fuerza, completamente distinta. (Oficial, 04/08/2007).

Como podemos advertir, ya desde el relato de la primera actividad en las islas, Roberto destaca la horizontalidad de las relaciones entre el personal del Apostadero y de la Armada en general, contraponiéndola a las relaciones de fuerte jerarquización y subordinación establecidas en el Ejército, comparación que es frecuente en las entrevistas y que parece formar parte del imaginario de

la Marina. Pero esa característica no implicaba la disolución de las jerarquías o un cuestionamiento de las autoridades, sino la construcción de vínculos en los que las formalidades en el trato cotidiano se habían desdibujado. Adolfo Gaffoglio incluso propone una explicación de esa particularidad que habría en el trato de los miembros de la Armada:

Sufri las mismas penurias que ellos, entonces este... Eso es una cosa que por de pronto, en la Armada están consustanciados, porque vos estás en un buque, que tenés los mismos avatares, si el buque se hunde, te hundís vos también, cuando el buque rola o cabecea, no es que cabecea personal, y no cabecea a... [...] a los oficiales, cabeceamos todos.(Oficial, 30/11/2007)

Tal vez la peculiaridad de los lazos humanos en la Marina se pueden vincular al “espíritu de cuerpo” que debe caracterizar a todo grupo naval, no sólo la tripulación de los buques, como se indica en el Arte del Mando Naval, clásico manual de formación de oficiales navales argentinos; allí define ese rasgo como “espíritu común que poseen los componentes de una agrupación. Denota el entusiasmo, devoción y celosa consideración del honor del grupo”, cuya existencia es imposible sin la confianza en la conducción (Apud. GUBER, 2008). Siguiendo a Rosana Guber, el otro eje sobre el que debe organizarse el grupo, según el manual, es la disciplina, lo que permite que su funcionamiento sea eficiente “ya que el conductor se ocupa de las cuestiones importantes y deja las de rutina al adiestramiento y disciplina de sus hombres” (Ibidem).

En el caso del grupo fundador del Apostadero, esos dos ejes estaban presentes: el espíritu de cuerpo es constantemente invocado y se vincula con la identificación del grupo con la unidad, y la disciplina también estaba presente, aunque no era necesario imponerla porque, como indicaba Daniel Peralta, cada uno sabía perfectamente cuál era su rol. Sin embargo, este grupo suma otro aspecto que viene a matizar la eficiencia de su funcionamiento, desde la perspectiva del manual, ya que la cierta horizontalidad de las relaciones entre los miembros y la igualdad de condiciones en que se encontraban y de las actividades que realizaban -lo que de ninguna forma implica, como indicamos previamente, la disolución de los rangos jerárquicos- podía conspirar contra la misma. Sin embargo, creemos que esa igualdad inicial es producto de la urgencia de la situación, de cierta improvisación en la organización lo que hacía necesario resolver las tareas lo antes posible -y cuanto “más manos” participaran, mejor- y de que sólo eran 20 integrantes. Luego, a medida que se

fueron “aceitando” los mecanismos para su funcionamiento y la organización de la tarea en el puerto y que el número de miembros se decuplicó, esa particularidad comenzó a disolverse, como veremos en el próximo apartado.

De todas formas, ya desde el comienzo esa imagen, que puede parecer un tanto idílica, es matizada por Sergio Fernández, el cabo más joven del grupo:

S: Ya te digo, yo era el más moderno [era el último que había ingresado a la Armada], y entre ellos mismos me dijeron “vos tenés que hacer guardias”, pero era el más moderno. Después de esto le tocó a otro, pero dentro de todo estuvimos bien.

E: En ese grupo [el pionero], ¿también se notaban mucho las jerarquías o vos considerás que no?

S: Los que éramos cabos, éramos cabos. Siempre está la diferencia jerárquica. (21/12/2007).

Así, en el mismo día del desembarco ya encontramos una primera ruptura de esa supuesta igualdad: en la organización de los turnos de las guardias nocturnas en el exterior de los galpones del puerto, ya que el Apostadero tenía entre sus funciones la de asegurar el espejo de agua de la bahía de la capital, el primero que resultó “beneficiado” fue el cabo más joven del grupo, Sergio Fernández. El derecho de piso seguía rigiendo ante el sacrificio de algo tanpreciado como era el descanso después de un día bien agitado.

Abril: convivir en multitud

A partir de mediados de abril, a medida que las negociaciones diplomáticas se tensaban y las posibilidades de un enfrentamiento armado se hicieron más reales y próximas, fue necesario convocar más tropas para defender las islas, modificando así el plan original de dejar un destacamento de sólo 500 personas como medio de presión política. Aproximadamente 13.000 efectivos fueron trasladados a Malvinas, la mayoría de los cuales eran tropas terrestres que pasaron a conformar el dispositivo defensivo que se desplegó en un sistema de trincheras alrededor de la capital de las islas.

El incremento de las tropas en las islas conduciría lógicamente a un aumento del apoyo logístico: una mayor cantidad de aviones y buques fueron enviados a Malvinas. Estos últimos con tropas pero principalmente con pertrechos, víveres, armamentos y todo aquello que se consideraba necesario para habitar las islas por un tiempo indeterminado. Las 20 personas que originariamente conformaban el Apostadero se comenzaron a divisar

claramente insuficientes ante la cantidad de trabajo acumulado(,) y, por lo tanto, fue necesario convocar a nuevos efectivos para colaborar en el trabajo de descarga de los buques.

Así, comenzaron a llegar refuerzos al Apostadero en oleadas de 10, 15 y 30 personas hasta llegar a un máximo aproximado de 250. Inmediatamente los recién llegados se incorporaban al frenético trabajo de carga y descarga de las unidades navales. Uno de esos buques, el Bahía Buen Suceso, una vez descargado, comenzó a funcionar como “buque cuartel” para el personal del Apostadero, que hasta ese momento había estado alojado en los galpones del puerto.

La llegada de semejante cantidad de tropas, de diversos rangos, especialidades y destinos, provocó un cambio en la convivencia del grupo.¹⁴ Si luego del 2 de abril, una cierta horizontalidad en el trato podíamos encontrar en el grupo originario del Apostadero, a partir de mediados de abril con el arribo de numerosos contingentes de tropas esa situación de particular convivencia cambió, como explica el oficial Hugo Peratta:

Después en los días siguientes en los vuelos que había, iban cayendo de a 10, de a 15, y nos juntamos como 100 tipos... [hombres en lenguaje coloquial] Ya la convivencia se hace distinta, no es lo mismo manejar 20 tipos que 100. Entonces cada uno tenía un jefe de grupo, suboficiales y cabos, porque yo era el más antiguo de todos, pero no me podía hacer cargo de los 100. Entonces entre Numer y el otro contador que fue después también, manejábamos los grupos, y cada grupo tenía un cabo o un suboficial encargado, viste, “y vos hacé tal cosa, vos la otra”, distribuimos más o menos las cosas, como trabajar y mantener la limpieza, descargar los barcos que iban llegando. (19/10/2007).

Esta organización y distribución ya está marcando la pauta de una profundización de las brechas jerárquicas: si en el grupo originario conformado por tan pocas personas no era necesario imponer rígidamente la disciplina porque “las cosas estaban como engranadas”, ahora la llegada de numerosas tropas hacía necesario designar un jefe de grupo según la jerarquía y endurecer la disciplina:

¹⁴ A partir del listado oficial de la Armada y de su depuración por algunas irregularidades halladas, entre las cuales indicar como miembros del Apostadero, efectivos que en realidad nunca fueron parte del mismo, pudimos determinar que los integrantes de la unidad fueron aproximadamente entre 200 y 250. De ellos, el 54% eran suboficiales, superiores y subalternos, el 22% conscriptos y el 15% oficiales, y el resto pertenecían a otras categorías, como estibadores civiles, agentes civiles, etc. Y provenían de diversos destinos como: Apostadero Naval Buenos Aires, Liceo Río Santiago –La Plata–, Base Naval Puerto Belgrano, Edificio Libertad –Ciudad de Buenos Aires–, Escuela Naval –La Plata–, entre otros. (RODRÍGUEZ, 2008).

La convivencia no, no, mal no resultó mala, pero cambió un poco, porque ya no éramos, cuantos más sos, cambia un poco la cosa.[...] Después te vas conociendo, te vas juntando. Lo que pasa es que, viste, ya no es lo mismo que sean 18 que te conocés los 18, que cuando son 150. (Roberto Coccia, oficial, 04/08/2007).

El desconocimiento también infunde temores, lo que provocó que la relación de los conscriptos con los suboficiales al principio fuera difícil, como comenta el conscripto Claudio Guida:

La convivencia ahí fue jodida [difícil en lenguaje coloquial] con los suboficiales, porque no los conocíamos [...] Era media jodida, hasta que, bueno, te fuiste conociendo. Porque había mucho miedo y mucha cagada a pedos [retos en lenguaje coloquial], hasta que después pasaba [...] Pero era viste, el planteo, no nos conocíamos nadie ahí. (29/11/2007)

En un comienzo, los castigos y retos fueron frecuentes para mantener la disciplina. Era lógico: en una situación extrema como es la guerra, era necesario imponer la autoridad y el orden desde el principio tanto para lograr un funcionamiento más eficiente de la unidad y un mejor cumplimiento de la tarea, como para poner coto a las actitudes disruptivas, sino después las cosas se podían “ir de las manos”:

Cuando recién llegamos, yo no me ubico bien, pero había una parte que había una especie de kiosco con muchas golosinas, y no se cómo hicieron algunos para entrar, y los pescaron [los descubrieron en lenguaje coloquial]. Entonces Numer lo pescó, y le dijo que le iba a hacer consejo de guerra. Y estábamos todos cagados [asustados en lenguaje coloquial], porque “consejo de guerra, qué se yo”. Y pensábamos que era medio injusto, pero en el fondo estaba bien lo que estaba haciendo el tipo porque tenía que mantener la disciplina y el orden. [...] Pero al final no pasó nada, fue toda una cosa que dijo para... para poner freno. (Julio Casas Parera, conscripto, 30/11/2007).

Además, el espacio donde estaban alojados también colaboraba con el distanciamiento entre el personal de diferentes rangos militares: “La convivencia era buena, en general, había mucha camaradería como te decía, sobre todo... en el barco no tanto, porque estábamos más separados” (Íbidem). La división en bodegas y camarotes de los integrantes del Apostadero, no contribuía a mantener una relación estrecha o una comunicación fluida entre ellos.

Ese cierto aislamiento espacial entre los rangos jerárquicos contribuyó también a una construcción de lazos más estrechos entre los actores de la misma condición. Tal vez el caso más claro y evidente al respecto sea el de los conscriptos, que compartían códigos comunes por pertenecer a la misma generación, elementos simbólicos y materiales por ser civiles bajo bandera, que

los distanciaba de los militares, y entre quienes los lazos de solidaridad y ayuda fueron realmente muy fuertes. Por ejemplo, en momentos en que el bloqueo inglés se hacía cada vez más eficiente a partir del establecimiento de la Zona de Exclusión Marítima por las fuerzas británicas¹⁵ y principalmente luego del comienzo de los bombardeos, las tropas en las islas tuvieron que recurrir a distintas estrategias para paliar las restricciones creadas por el mismo. En este contexto, compartir cigarrillos, galletitas, o una taza de chocolate, era un gesto simbólico, y material, bien relevante:

Yo recibí, con O., una encomienda grande, una cada uno, que nos mandaron las dos viejas nuestras. En esa encomienda iba Nesquik [conocida marca de cacao en polvo], leche en polvo, en lata [...]. Y cuando volvíamos de la guardia a las 5 de la tarde, lo primero que llegabas, era leche, y al que encontrábamos en la mesa, le convidábamos, pero no era para todo el mundo, la leche era para nosotros. Con O. teníamos un armario que habíamos encontrado y le habíamos puesto un candado. [En] ese armario, guardábamos la leche en polvo. [...] Bueno, sacábamos la leche en polvo y les convidábamos a los tres, los que querían, agua caliente, leche en polvo, Nesquik. O sino decían “bueno, vos andá a robar galletitas o pan o algo para tomar la leche con Nesquik”. [...] Y éramos colimbas, hacíamos eso, o sea, a *motus* propio. Y todos decían “ah mirá, el club de la opulencia”, porque nosotros teníamos leche en polvo, Nesquik. (Claudio Guida, concripto, 29/11/2007).¹⁶

La convivencia en un grupo tan heterogéneo, conformado por concriptos, suboficiales y oficiales, por profesionales y militares de carrera, evidentemente no fue fácil y en abril se produjeron los primeros enfrentamientos:

Empezó a llegar gente, gente... de todo tipo de gente [...] que se agregó al Apostadero. Algunos que se creían de carrera, conmigo no, porque era más moderno que yo, pero con Klein tuvo problemas. Un oficial que era más moderno, Klein era más moderno –más moderno se llama a haber entrado después, más antiguo es que entró antes– y le dice “R. [apellido del superior], dígame una cosa este...” “Perdón, doctor, en qué año entró usted a la Marina?”, los dos eran tenientes de fragata, y le dice, no se, supónete “En el 80” “Para usted soy el Señor”. (Roberto Coccia, oficial, 04/08/2007).

La intencionalidad de diferenciar jerarquías sin ningún sentido, por el solo hecho del prestigio, las diferentes percepciones del conflicto o, sencillamente, el enfrentamiento entre dos personalidades distintas, condujeron a situaciones

¹⁵ La Zona de Exclusión Marítima de 200 millas alrededor de las islas establecida por Inglaterra, lo que implicaba que cualquier unidad argentina que se encontrara en la zona sería atacada, comenzó a regir el 12 de abril, lo que dificultó ampliamente el abastecimiento logístico de las islas.

¹⁶ En lenguaje coloquial se le dice “colimba” al servicio militar obligatorio, término que en realidad es una abreviatura de corre-limpia-barre, en referencia a las órdenes que reciben los concriptos. Esa palabra también hace referencia a los sujetos–concriptos, que serían los “colimbas”.

conflictivas que atravesaron toda la guerra. Específicamente, los enfrentamientos entre los profesionales y el personal de cuadros, en particular entre el personal de sanidad y los oficiales de carrera, fueron frecuentes en el Apostadero: sus diferentes prioridades en diversos aspectos, como por ejemplo el uso de las comodidades y facilidades de las islas, generaron numerosas fricciones hasta el término del conflicto. En un informe que el médico de la unidad, Guillermo Klein, realizó a su regreso, destaca: “La organización se vio interferida por las ordenes que dadas por el Sr. Jefe del Apostadero, que en reiteradas oportunidades no coincidían con la de los Oficiales de Sanidad del PUSO [Puesto de Socorro].” (Informe del Teniente de Fragata Médico Dr. Guillermo Klein para un Seminario de Sanidad en COMBATE)

En otros casos, era la poca conciencia de lo que implicaba vivir en guerra de algunos protagonistas, la causa de los conflictos: Julio Casas Parera recuerda la única vez que lo castigaron en Malvinas:

Un día, bueno, suena la alarma, la sirena del aeropuerto, que se escuchaba en todos lados, entonces empezaron a gritar “alerta roja, alerta roja, abandonen el barco, el barco”. Entonces en vez de tirarnos del buque, bajamos a la bodega, agarramos el equipo, y bajamos por la planchada como si fuéramos turistas. Mientras estábamos en la bodega, abajo de todo, pasaban los aviones por encima del barco, o sea, teóricamente cae la bomba, y morís cocinado como una rata [...] Paró todo, nos formaron en el muelle, y nos pegaron un baile “que no puede ser, que el conscripto, cuando avisan alerta roja, se tiran de donde esté, que lo único que se lleva es el armamento...”. Claro, habían puesto redes al costado, estaba una escala de gato que son esas con sogas, y la red que le cae, por ahí tenías que ir, y no bajar por la planchada como si fueras turista. (Conscripto, 30/11/2007).

El hecho de encontrarse en abril cuando todavía no se había producido ningún tipo de ataque en Malvinas sino que sólo estaban en un compás de espera, provocó que muchos no tuvieran una clara conciencia de lo que podía llegar a suceder, por eso evacuaban como “si fueran turistas”.

Pero esta cotidianeidad relajada no fue una particularidad de la experiencia de la unidad durante todo el conflicto. Por el contrario, las características de la convivencia de los integrantes del Apostadero se vieron ampliamente alteradas con el incremento de la tensión por la percepción de que la guerra podría llegar a producirse. Esa tensión comenzó a hacerse más evidente a partir de la organización de las guardias nocturnas en la tercera semana de abril y se hizo patentemente presente con el comienzo de los bombardeos sobre las islas el 1º de mayo.

Mayo: fricciones en tensión

El 1º de mayo la guerra finalmente se hizo presente con toda su crudeza. En la madrugada, un avión Vulcan atravesó las islas y lanzó las primeras bombas inglesas sobre las posiciones argentinas, dando comienzo así a los ataques a las islas que durarían los próximos 44 días. Este hecho sumado al hundimiento del Crucero General Belgrano el 2 de mayo,¹⁷ provocó la abrupta caída del arribo de los buques, que prácticamente dejaron de llegar a Malvinas, con lo que los integrantes del Apostadero comenzaron a disponer de gran cantidad de tiempo libre y, por tanto, empezaron a dedicarse a otras actividades, como el traslado de mercadería, la limpieza de la pista del aeropuerto, etc., a la misma vez que la situación logística de las islas se empezó a ver seriamente comprometida.

El comienzo de los ataques significó para las tropas asentadas en las islas un abrupto despertar a la guerra. Si en un comienzo “se iba a las Malvinas y no a la guerra” (Alejandro Diego, conscripto, 26/11/2007), ahora sí era la guerra la que se presentaba en toda su dimensión. De hecho, ese día marcó la segunda ruptura profunda en la cotidianeidad de los miembros del Apostadero, luego de la organización de las guardias nocturnas en la tercera semana de abril, por la abrupta irrupción de la figura del enemigo y también de la muerte. (RODRÍGUEZ, 2008).

La presencia de la muerte en la vida cotidiana comenzó a hacerse más palpable, más real y más frecuente, a medida que fue desarrollándose el conflicto: el hundimiento del Crucero General Belgrano el 2 de mayo, así como el desembarco inglés en San Carlos el 21 del mismo mes, o la primera batalla perdida en Darwin el 28 de mayo¹⁸, fueron otros acontecimientos que marcaron

¹⁷ El Crucero General Belgrano, un buque insignia de la ARA por sus dimensiones y por su historia dentro de la fuerza, fue hundido el 2 de mayo por el submarino Conqueror fuera de la Zona de Exclusión Marítima establecida unilateralmente por Inglaterra. Como consecuencia fallecieron 323 tripulantes, lo que representa la mitad de la cantidad total de muertos argentinos en la guerra.

¹⁸ Luego de múltiples especulaciones de la inteligencia argentina sobre los lugares de desembarco que elegirían las fuerzas inglesas, las mismas desembarcaron en el puerto de San Carlos (un poblado a 90 km. de la capital), donde rápidamente consolidaron una cabecera de playa. A partir de ese momento las tropas inglesas comenzaron a avanzar haciendo un cerco hacia Puerto Argentino, alrededor del cual se había establecido el sistema de defensa argentino. En ese avance, la primera batalla fue la de Darwin- Goose Green los días 27 y 28 de mayo, un pequeño poblado cercano a San Carlos. Fue una cruenta batalla, donde las tropas argentinas resistieron y soportaron una abrumadora superioridad inglesa. A partir de ese momento el avance inglés fue prácticamente imparable. Para ampliar sobre las batallas de la guerra de

profundamente las experiencias de las tropas en las islas; otros golpes, sumados al del 1º de mayo, difíciles de digerir, claros símbolos de que la guerra iba a desarrollarse hasta sus últimas consecuencias.

Específicamente, el hundimiento del Crucero fuera de la Zona de Exclusión Marítima fue un duro golpe para la Armada, cuya flota de guerra prácticamente se retiró a las costas patagónicas después del 2 de mayo (INFORME *RATTENBACH*, 2000), y también impactó fuertemente en las experiencias de los miembros del Apostadero y principalmente en aquellos que habían sido tripulantes del buque hasta su convocatoria a la guerra y por tanto enfrentaron la muerte de muchos compañeros. Al respecto, Hugo Peratta, jefe de la división electricidad del Crucero hasta la convocatoria, recuerda:

Y el día 2 fue tremendo para mí porque se hundió el barco mío, donde yo tenía mis compañeros, no sabía quiénes se habían salvado, nada, nada. [...] Yo me enteré por la radio, empezaron, a los pocos días, empezaron a dar la cantidad de muertos, qué pasaba, quiénes se habían muerto, los desaparecidos, y después charlábamos con los tipos que yo tenía ahí ‘¿se acuerda señor de fulano?’ (Oficial, 19/10/2007).

Sin embargo, otros recuerdan que lo vivieron como un hecho más de la guerra, ya sea porque el buque no significaba nada especial en sus historias, porque no tenían ningún conocido allí, o porque no podían darse “el lujo” de reaccionar, de desmoralizarse. (RODRIGUEZ, 2008)

Paulatinamente, la continua exposición a esas condiciones extremas, llevó a la incorporación de la muerte como parte de la vida cotidiana, como explica claramente el conscripto Ricardo Pérez:

Vos calculá que todos los que estuvimos allá durante tres meses, estuvimos paseando con la muerte en la mano, eso es un arma. [...] Y la situación en la que nosotros estábamos, esa era la situación diaria, día a día, y no era que llegaba a casa, prendía la tele [televisión en lenguaje coloquial], era *full time*, 24 por 24, entendés? Ya no es que “ah, estoy mojado, me voy a dar una ducha caliente, y me voy a dormir”. Te querés aislar y no hay modo. (26/11/2007).

Estar diariamente sometido a esas circunstancias, “*full time*”, “24 por 24”, condujo a la incorporación de la vida bajo bombardeo como un elemento más de la rutina diaria. Si en los primeros ataques había sobresaltos, corridas desesperadas hacia los refugios en el pueblo, ya posteriormente contaban la

Malvinas, hay una extensa bibliografía, consultar, entre otros: Balza (2003); Jofre y Aguiar (1987); Moró (1985); Robacio y Hernández (1996); Speranza y Cittadini (2005); e *Informe Rattenbach* (2000).

cantidad de bombas, calculaban según el sonido hacia dónde se dirigían, y a veces ni siquiera se molestaban por ir a los refugios y seguían con sus actividades. Poco a poco, eso también llevó una indiferencia a los riesgos y peligros a los que se exponía la propia vida, y a la muerte en general: “Después todo se hizo rutina al final, bombas, bombardeos, eran rutinas. Cuando moría alguien ya no preguntabas cómo se llamaba, ‘murieron 3, murieron 4, o murieron 5, murieron 2’, si? (...) No podés vivir sino.” (Hugo Peratta, oficial, 19/10/2007).

Esa misma cotidianeidad marcada por los bombardeos y la muerte, no estuvo exenta de fricciones. Desde principios de mayo, los integrantes del Apostadero se habían vuelto a reunir bajo un mismo techo: un galpón cercano al puerto que funcionaba como una carpintería y que se transformaría con el tiempo en el espacio simbólico de la unidad, porque fue el único lugar que lució en su fachada el cartel “Apostadero Naval Malvinas” y donde vivieron más tiempo sus integrantes.

Una vez allí, se produjeron algunas situaciones conflictivas debido a la tensión a la que estaban sometidos diariamente, a diferentes percepciones del conflicto y a problemas lógicos de convivencia entre tantas personas bajo un mismo techo. En algunos casos, la existencia de compañeros que bajo bombardeo entraban en pánico, lo que podía propagarse a toda la unidad, o, por el contrario, que no comprendían la gravedad de la situación en la que se encontraban, provocaron algunos roces: “Si bien hubo diferencias, hubo diferencias con gente ajena, [es decir] con gente que no entendía la situación que estábamos viviendo. Eso se aclaró en su debido momento.” (Daniel Peralta y Carlos Contreras, cabos, 11/11/2007).

Otras fricciones estuvieron estrechamente relacionadas con la profundización de las brechas jerárquicas: la intención de mantener las relaciones jerárquicas al igual que en la vida normal de instrucción, exigiendo nimiedades incompresibles en un contexto de guerra, fue la causa de otros enfrentamientos:

Un tipo, [...] malos tratos, y era un chupamedia [adulador en lenguaje coloquial] de los oficiales, y... de lo peor. [...] Donde, había casos que te... que importaba más tu presencia personal, que te hayas afeitado. Trajeron un cargamento, uno capaz enorme, de máquinas de afeitar, y no tenías por ahí de repuesto para el fusil [...] Incoherencias, porque está bien que vos estés presentable, pero también dame los medios para que mi arma esté en condiciones. [...] Viste, son cosas que

después uno... te resienten, son cosas que... son cosas de las que me hicieron cambiar la idea de seguir en la Marina. (Ramón Romero, cabo, 22/06/2007).

Además, el temor a que no se cumplieran las órdenes y que no se respetaran las jerarquías, llevó al intento de imponer la disciplina aún abusando de la autoridad:

Era el tipo que en Malvinas te amenazaba, te daba una orden y vos decías “no” “levante eso y póngalo allá” “no, no lo puedo levantar” “levante eso”, y sacaba la pistola y amenazaba con tirarte: “Levante eso o le pego un tiro en la cabeza. Conmigo no se van a venir a hacer los vivos [astutos en lenguaje coloquial]”. (Claudio Guida, conscripto, 29/11/2007).

Como indica Ramón, es en situaciones extremas como la guerra, y particularmente los bombardeos, cuando se veía realmente quién era quién, sin importar las jerarquías:

Había gente que mostraba la miseria humana, había algunos que... yo siempre lo comento a los chicos en la escuela, que acá en la vida normal en el regimiento, había uno de bigotes gruesos, por decir viste, que gritaba como un perro, y allá era una lauchita. Y había uno flaquito que no dabas dos pesos por él, y era el que te iba a salvar la vida, era un león peleando. Las miserias humanas ahí se vivieron, se vivieron, y había algunos que no se cómo se salvaron de que uno mismo le pegue un tiro.[...] Se veían cosas de cobardía o de... son cosas que el ser humano, yo pienso... que es normal. (Ramón Romero, cabo, 22/06/2007).

Además como él mismo destaca “vos en ese momento dependés de tu compañeros por más jerarquía que tenga o que seas un soldado conscripto. Vos en ese momento sos uno igual que el otro, viste” (Ibidem). Tu vida dependía de quien tenías al lado, fuera de la jerarquía que fuera, por lo tanto las brechas jerárquicas deberían menguarse.

Pero ello no fue así. Por el contrario, en el Apostadero la profundización de las brechas jerárquicas la encontramos en otros aspectos -además de los mencionados- como la organización espacial del galpón donde funcionaba la unidad, como recuerdan los cabos Daniel Peralta y Carlos Contreras:

D: Era una carpintería que estaba dividida en dos, si mal recuerdo, vos ayúdame, eh... Acá donde dormíamos primeramente, y acá donde [nos] alojamos cuando nos mandaron al barco. En el medio de la carpintería había un recinto, en ese recinto se alojaban los que más jerarquía tenían, desde suboficial primero hasta teniente.

C: Estábamos nosotros ahí y nos sacaron [...]

D: Y adelante había también una especie de oficina. (11/11/2007).

Si bien algunos destacan que al vivir bajo el mismo techo la comunicación se hizo más fluida entre el personal de distintos rangos jerárquicos, lo cierto es

que los oficiales dormían en un cuarto aislados, al igual que los suboficiales de mayor jerarquía, del resto de los cabos y conscriptos. Las mamparas de división marcaban espacialmente las jerarquías. De hecho, como indica Carlos, el primer grupo que se albergó en la carpintería, conformado por ocho personas, para vigilarlo y acondicionarlo, se alojó en el pequeño recinto central, de donde luego, cuando se mudaron todos los integrantes del Apostadero, fueron desplazados por sus superiores que se apropiaron de ese espacio, el privilegiado.

También Claudio Guida hace referencia a una zona a la que los conscriptos tenían prohibido el acceso: “Había una zona de la carpintería que estaba vedada al paso nuestro, era el impenetrable. [...] Los oficiales, primero estaban los suboficiales, y después los oficiales, no entraba ningún colimba ahí, no te dejaban entrar.” (Conscripto, 29/11/2007). La existencia del “impenetrable” demuestra claramente los distanciamientos que se establecieron entre los rangos militares, una cuestión que atravesará la guerra de esta unidad hasta su término.

Durante los que serían los últimos días de la guerra, esas relaciones interpersonales se modificaron y (re)configuraron al ritmo de las balas y las bombas: la experiencia del frente de batalla significó un abrupto quiebre para el reducido grupo de integrantes del Apostadero que fue trasladado a la Península Camber, como veremos a continuación.

Junio: convivir en las trincheras

A partir del desembarco en San Carlos y del establecimiento de una cabecera de playa el 21 de mayo, las fuerzas inglesas comenzaron a avanzar haciendo un cerco hacia Puerto Argentino. Desde la primera batalla en Darwin, los días 27 y 28 de mayo, el avance de las tropas inglesas en las islas se volvió prácticamente imparable.

El enfrentamiento con esa realidad condujo a la plana mayor argentina a intentar fortalecer el dispositivo de defensa, que se había organizado en un sistema de trincheras en los montes circundantes a la localidad principal, considerada el objetivo primordial: ambos contendientes sabían bien que quien dominara Puerto Argentino, el centro político y nudo de las comunicaciones de las islas, sería el vencedor.

Como consecuencia de estos hechos, el 30 de mayo un grupo de aproximadamente 30 personas integrantes del Apostadero fue enviado al frente de batalla en la Península Camber¹⁹, donde ya se hallaban atrincherados un grupo de infantería de marina y de ejército. Una vez que arribaron, los integrantes del Apostadero fueron divididos en pequeños grupos conformados por un suboficial y alrededor de 5/6 conscriptos, distribuidos en las diferentes lomas, intercalados con los efectivos de infantería de marina que se encontraban previamente.

El traslado al frente de batalla significó para los recién llegados un abrupto quiebre en su vida cotidiana en comparación con la vida en el pueblo. Es en este punto donde vemos un desdibujamiento de las fronteras entre la guerra logística y la guerra en el frente de batalla. Ahora los integrantes del Apostadero comenzaron a vivir en las mismas condiciones que desde hacía tiempo venían soportando las tropas en posiciones.

Las condiciones de vida cambiaron radicalmente incluso desde el mismo lugar donde se alojaban. Durante el día vivían en algún refugio, mientras se alternaban para dejar una guardia en las posiciones en la loma correspondiente. De hecho, durante toda la jornada la única actividad que tenían que hacer eran las guardias y las patrullas por el sector. Una vez que cumplían con su deber, el resto del día no tenían ninguna actividad asignada. Por lo tanto, las pocas horas de luz que había las aprovechaban para jugar a las cartas, ir a misa o hacer tareas domésticas, como asearse, cuando era posible, ir a buscar el “rancho”, cocinar tortas fritas o sencillamente disfrutar del sol.

Si bien tenían menos actividad que en el puerto, la vida en las posiciones no era nada fácil: diariamente estaban sometidos a los bombardeos, a los ataques, una situación extrema a la que algunos se terminaron acostumbrando:

A partir de las 6 de la tarde, era como que empezaba lo peor. [...] En Camber no bombardearon nunca, pero estábamos en la trayectoria de las bombas, escuchábamos el silbido permanente [...] Te acostumbrás. Te acostumbrás a, en vez de decir “hola”, decir “alto ¿quién vive?”. Te acostumbrás a... sentís un ruido, y enseguida buscás el fusil. (Julio Casas Parera, conscripto, 30/11/2007).

¹⁹ Ese sector era relevante por tres factores. En primer lugar, el estrecho que dejaba la península era la puerta de acceso a la bahía de Puerto Argentino, y, por lo tanto un lugar que debía estar bien protegido. En segundo lugar, la península se vislumbraba como un posible lugar de desembarco inglés. Y, en tercer lugar, porque allí había dos tanques de combustible de cuyo suministro prácticamente dependían la población isleña y las tropas argentinas. (Ver: *Desembarco*, Separata 10).

Vivir en una espera que parecía interminable y bajo una continua tensión, sin dudas no fue sencillo, pero en muchos casos ello no implicó un aumento de las fricciones entre los compañeros de trincheras, sino que, por el contrario, vivir en esa situación extrema fortaleció la camaradería y volvió más igualitario el trato, como explica el conscripto Claudio Guida: “[En el Apostadero] nunca hubo una comunión general, salvo, como te dije antes, cuando los oficiales, los suboficiales se juntan en los pozos con los colimbas cuando van a Camber.” (29/11/2007).

Pero de ningún modo esta situación es generalizable: de hecho, aún en la propia experiencia de quien realiza esa apreciación, no se corrobora esa igualación en el trato, ese desdibujamiento de las jerarquías. El caso del pequeño grupo que estaba con Claudio en posiciones fue bien particular, porque al poco tiempo de cruzar los suboficiales que estaban con ellos fueron trasladados a otros destinos, con lo cual el conscripto más antiguo terminó quedando a cargo de su grupo por unos días:

Cuando nos volvimos, nos quedamos solos, el más antiguo de esos 9, era yo [...] El más antiguo, yo nunca creí que... la antigüedad era para comer, le pegabas un codazo a un cola. No, no, acá no, acá se cumplió la antigüedad: “¿quién queda a cargo?” “Él”. Yo los miraba y les decía “¿yo a cargo?” [...] Nosotros éramos una comunidad *hippie* que vivíamos sin mando, estaba todo bien “hagamos guardia un rato cada uno, che, loco, que está nevando”. Pero cumplíamos con lo nuestro, aparte yo estaba al mando, me sentía muy responsable. (Ídem)²⁰

Lógicamente al quedar un conscripto a cargo de sus compañeros, las jerarquías se hicieron aún más débiles, hasta prácticamente diluirse, aunque no por ello dejaron de cumplir con su deber. Luego de unos días, fue destinado un nuevo cabo a hacerse cargo de la “comunidad *hippie*”. Inmediatamente un conflicto de autoridades se presentó entre el anterior superior, el conscripto, y el nuevo, el cabo:

Hasta que como a los [...] 4 o 5 días, menos de una semana fue, mandan a un cabo principal, que llega, pregunta quién esta a cargo. [...] Me presenté, le conté lo que hice, quién era, por qué lo hacía. Y el tipo me tomó bronca, y me mandaba a hacer guardia de ojo yo solo. [...] Pero “¿quién hace la guardia?” “Guida” “pero...” “Guida, ¿qué, me va a discutir?” “no, está bien”. Y yo hacía guardias en los peores turnos de 2 a 4 de la mañana, o de 4 a 8 de la mañana, o sea, eran los peores,

²⁰ En la Armada, los convocados para realizar el servicio militar obligatorio iban ingresando en distintas tandas a lo largo del año. Así, en el vocabulario propio de la conscripción, se le decía “camada” a los compañeros que ingresaron en la misma tanda, y “cola” a los conscriptos que ingresaron en tandas posteriores.

no veías un carajo [nada en lenguaje coloquial], la niebla, la nieve, los bombardeos eran a esa hora. (Ídem)

En este caso, las brechas jerárquicas se profundizaron. Tal vez, el hecho de tener que hacerse respetar en un grupo ya constituido de forma tan particular y, además, de tener que adaptarse o enfrentarse a las condiciones en que venía organizándose el grupo, condujo al cabo a imponer cierta distancia y a enfrentarse con la anterior autoridad, que quería seguir haciendo las cosas a su modo.

Asimismo, se presentaron otras situaciones conflictivas relacionadas con las exigencias de nimiedades por los superiores, que si ya eran cuestionadas por los subordinados cuando estaban en las instalaciones portuarias, ahora que estaban en posiciones directamente eran rechazadas:

Bajé un día a buscar eso [la comida], y justo me agarró un oficial. El oficial me dice “venga para acá –dice– ¿de dónde es usted?” “de la loma”. [...] “Y, dígame, le parece que son formas de estar, sin asearse”, “pero señor, no tenemos agua” le digo, “no importa, tiene que estar en perfecta forma”. Entonces le digo “sí señor, cómo no”, subí y no bajé más. Me quedé arriba. (Julio Casas Parera, conscripto, 30/11/2007).

También las jerarquías se marcaban entre los conscriptos: los más nuevos, “los colas”, muchas veces tenían que “pagar derecho de piso” frente a los conscriptos de viejas camadas. En el grupo de Claudio, el encargado de ir a buscar diariamente la comida a la Casa de Piedra era el conscripto que había entrado en la última tanda: “Había una casa abajo del otro lado, que ahí hacían ranchos, entonces una vez por día mandábamos a alguien a buscar comida. [...] Iba E. era el cola, el voluntario. Lo mandábamos siempre a buscar la comida.” (Conscripto, 29/11/2007).

Pero ello no implica que no se hayan fortalecido los vínculos entre los conscriptos. Por el contrario, el pasar por la experiencia de vivir en posiciones en el frente de batalla, fortaleció las muestras de solidaridad entre aquellos que no habían elegido su destino. Uno de los indicios más claros que encontramos al respecto es el largo trecho que recorrió Julio desde su loma a otra posición, sólo para regalarles algunos elementos de su ración de combate a dos compañeros del Apostadero que habían cumplido años en junio.

Finalmente, el 14 de junio a la madrugada este grupo debió enfrentar un pequeño intento de desembarco inglés. Luego de un abrumador tiroteo y bombardeo, el operativo fue rechazado. Esa noche, tanto los que estaban atrincherados en Camber como los que se habían quedado en el puerto,

permanecieron en vilo, en espera del combate. Esa mañana todos los entrevistados recuerdan lo mismo:

A las 10 de la mañana cuando se hizo la rendición, y ahí escuché el silencio. [...] Vos escuchás el silencio, después de estar tanto tiempo, mañana, tarde y noche, bombardeo, artillería naval, artillería de tierra, avión, ruido, alarmas, tiros, ta ta ta, de golpe se paró todo. Silencio absoluto, escuchás el silencio, ahí te das cuenta de la diferencia. (Roberto Coccia, oficial, 04/08/2007)

Un silencio absoluto envolvió las islas, después de tanta guerra, después de tanta muerte. La guerra había terminado. Después de 74 días, algunos, sólo algunos, podían regresar a casa.

Reflexiones finales

Este artículo analiza la cotidianeidad de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas, una unidad logística de la Armada, durante los 74 días que duró el conflicto por las islas del Atlántico Sur. A partir de la consideración de diversas variables como cantidad de integrantes, actividades, espacios compartidos, contexto bélico, entre otras, se identificaron cuatro etapas que marcaron la vida cotidiana de este grupo.

La primera etapa abarca desde el desembarco en las islas, cuando los integrantes del grupo pionero del Apostadero comenzaron a vivir en otro lugar diferente al de su vida normal de paz –en la capital de las islas y particularmente en uno de los galpones del puerto–, se dedicaron a una actividad logística para la que no estaban preparados –la organización y puesta en funcionamiento de las instalaciones portuarias– y bajo circunstancias extraordinarias producto del compás de espera en que se encontraban, en un momento en que las negociaciones diplomáticas estaban en pleno desarrollo.

A medida que las tratativas diplomáticas se fueron tensando y que la posibilidad de la guerra se fue aproximando, el arribo de gran cantidad de tropas a la unidad por el trabajo acumulado ante el cruce de diversos buques con abastecimientos logísticos y el consecuente cambio de lugar de alojamiento que alternó entre el buque y la carpintería, marcaron el comienzo de la segunda etapa que se extiende hasta fines de abril.

Un acontecimiento puntual dio comienzo a la tercera etapa: el inicio de los ataques sobre las islas el 1º de mayo, lo que a la misma vez que provocó una disminución del aprovisionamiento logístico por el bloqueo inglés y por tanto de

la actividad en el puerto, implicó la irrupción de la presencia del enemigo y la muerte junto a los bombardeos diarios.

Finalmente, la última etapa refiere a un grupo en particular del Apostadero que fue destacado al frente de batalla, donde la cotidianeidad se vio abruptamente alterada en comparación a la de la localidad: la vida en las trincheras trajo aparejada una continua tensión e incertidumbre por la posibilidad de enfrentarse al combate, y con ello a la posibilidad de matar y/o morir.

La reconstrucción de la cotidianeidad durante la guerra fue el marco que permitió analizar uno de los elementos que la atravesó: las relaciones que se configuraron entre sus miembros y los cambios en la convivencia. Como se indicó, quienes compartieron esta cotidianeidad eran un grupo bien heterogéneo, conformado por civiles y militares de diversos rangos y profesiones, que tenían diversas especialidades técnicas, provenían de distintos destinos y fueron convocados en distintos momentos, todos ellos para conformar una nueva unidad creada en las islas.

Ahora bien, aunque la heterogeneidad de este grupo es clara, ellos se percibían como un grupo homogéneo, sobre todo quienes compartieron el desembarco y la primera semana en las islas. Desde su perspectiva, esa homogeneidad estaba dada por cierta horizontalidad de las relaciones entre sus miembros, sin importar las jerarquías, producto del compartir el mismo espacio en iguales condiciones, donde disfrutaron de iguales beneficios, sufrieron las mismas dificultades y realizaron las mismas actividades.

Esa cierta igualación fue diluyéndose a lo largo del conflicto al tiempo que las brechas jerárquicas se fueron acentuando, producto del cambio en la conformación del grupo –el incremento del número de integrantes–, de los espacios compartidos –el buque Bahía Buen Suceso con su división en bodegas y camarotes, o la carpintería con las mamparas de división que delimitaban los espacios para personal de distintos rangos– y también del contexto bélico en que se encontraban: el comienzo de los ataques sobre las islas y la tensión por la evolución del conflicto y por la presencia del enemigo y la muerte en toda su crudeza, fueron acontecimientos que provocaron fuertes fricciones que atravesaron toda la guerra de este grupo.

Esas situaciones conflictivas fueron causadas por diferentes variables –las

diferentes personalidades y percepciones del conflicto, las diversas prioridades en la utilización de los materiales, la tensión e incertidumbre a la que estaban sometidos, el abuso de jerarquías, el temor y desconocimiento mutuo entre el personal– y tuvieron fines diversos que fueron desde la intención de hacer respetar la autoridad y disciplina, de proteger la vida propia y de los otros, de lograr un mejor funcionamiento de la unidad, hasta la intencionalidad de diferenciar jerarquías por el sólo hecho del prestigio y de hacer cumplir nimiedades sin sentido en una guerra.

De todas formas, más allá de esas fricciones, el hecho de haber vivido juntos y compartido momentos, espacios y tiempos en una experiencia límite y extraordinaria como es la guerra, en la que la disyuntiva de matar y/o morir es una constante, contribuyó a constituir fuertes vínculos entre los integrantes de la unidad que permanecen hasta el presente, a 27 años de esos 74 días que los marcaron irremediabilmente de por vida.

Bibliografía

ANAYA, Jorge I. *La crisis argentino-británica de 1982*. Buenos Aires: Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, 1988.

BALZA, Martín. *Malvinas. Gesta e incompetencia*. Buenos Aires: Atlántida, 2003.

BOSOER, Fabián. *Malvinas, Capitulo Final (I-II). Guerra y Diplomacia en Argentina (1942-1982)*. Buenos Aires: Capital Intelectual- Colección Claves para todos, 2007.

CARDOSO, Oscar; KIRSCHBAUM, Eduardo y VAN DER KOOY, Ricardo. *Malvinas. La trama secreta*. Buenos Aires: Clarín, 2007.

CARNOVALE, Vera. Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina. IN: FRANCO, Marina y LEVIN, Florencia (comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós, 2007.

_____; LORENZ, Federico y PITTALUGA, Roberto (comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: Memoria Abierta-CeDInCI, 2006.

CEBALLOS, Enrique y BURONI, José. *La medicina en la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Círculo Militar, 1992.

CISNEROS, Andrés y ESCUDE, Carlos. *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina. Tomo XI: La diplomacia de Malvinas (1945-1982)*, Buenos Aires: Centro de Estudios de Política Exterior-CARI-Grupo Editor Latinoamericano, 1999.

COSTA MÉNDEZ, Nicanor. *Malvinas. Esta es la historia*, Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

DEL CARRIL, Bonifacio. *La cuestión de las Malvinas*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.

FREEDMAN, Lawrence y GAMBA-STONEHOUSE, Virginia. *Señales de Guerra. El conflicto de las islas Malvinas de 1982*. Buenos Aires: Javier Vergara, 1992.

JOFRE, Oscar y AGUIAR, Félix. *Malvinas. La defensa de Puerto Argentino*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.

GUBER, Rosana. *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: FCE, 2001.

_____. *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires: Ed. Antropofagia, 2004.

_____. Crucero ARA General Belgrano *In Memoriam*. Linajes políticos-navales en las memorias de Malvinas. IN: Revista *Iberoamericana. America Latina- España – Portugal*, Instituto Iberoamericano de Berlín, Vol. 8, N° 30, 2008, pp. 7-27.

HYNES, Samuel. Personal narratives and commemoration. IN: WINTER, Jay y SIVAN, Emmanuel. *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge: University of Cambridge, 1999, pp. 205-220.

JELIN, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002.

LORENZ, Federico. *Las Guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

_____. La necesidad de Malvinas. IN: Revista *Puentes*, La Plata: Comisión Provincial por la Memoria, 2007, Año 7, N° 20, pp. 8-17.

MAYORGA, Horacio y ERRECABORDE, Jorge. *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*. Buenos Aires: Planeta, 1998

MORO, Rubén. *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*. Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1985.

NOVARO, Vicente y PALERMO, Marcos. *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires: PAIDOS, 2003.

RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México: FCE, 2004.

RODRÍGUEZ, Andrea. *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2008.

SPERANZA, Graciela y CITTADINI, Fernando. *Partes de Guerra. Malvinas 1982*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.

Fuentes

Orales

Entrevista a Daniel Blanco, 26/12/2007. Cabo 2º, voluntario. Período en las islas: 29/04-18/06.

Entrevista a José Bustamante, 06/09 y 03/10/2007. Conscripto. Período en las islas: 02/04-18/06.

Entrevista a Julio Casas Parera, 30/11/2007. Conscripto. Período en las islas: 12/04-18/06.

Entrevista a Roberto Coccia, 04/08/2007. Oficial, bioquímico. Período en las islas: 02/04-18/06.

Entrevista a Alejandro Diego, 26/11/2007. Conscripto. Período en las islas: 13/04-19/06. Entrevista a Sergio Fernández, 21/12/2007. Cabo 2º. Período en las islas: 02/04-18/06.

Entrevista a Adolfo Gaffoglio, 30/11/2007. Oficial, jefe del Apostadero. Período en las islas: 02/04-14/07.

Entrevista a Claudio Guida, 29/11/2007. Conscripto. Período en las islas: 13/04-18/06.

Entrevista a Guillermo Klein, 17/08, 29/08, 03/09, 28/09 y 31/10/2007. Oficial, médico. Período en las islas: principios de abril- 19/06.

Entrevista a Abel Mejías, 17/11/2007. Cabo 2º. Período en las islas: 02-04/04 y fines de abril-18/06.

Entrevista realizada con Florencia Fernández Albanesi a Rafael Molini, 17/12/2007. Oficial. Período en las islas: 12/04-18/06.

Entrevista a Daniel Peralta y Carlos Contreras, 11/11/2007. Cabos 1º. Período en las islas: DP- 02/04-18/06 y CC- 12/04-18/06.

Entrevista a Hugo Peratta, 11/09 y 19/10/2007. Oficial. Período en las islas: 02/04-18/06.

Entrevista a Ricardo Pérez, 26/11/2007. Conscripto, voluntario. Período en las islas: 28/04-18/06.

Entrevista a Ricardo Rodríguez, 27/11/2007. Cabo principal. Período en las islas: 12/04-18/06.

Entrevista a Ramón Romero, 22/06/2007. Cabo 2º. Período en las islas: 02/04-18/06.

Escritas

Testimoniales:

BUSSER, Carlos (comp.), *Operación Rosario*, Buenos Aires: Atlántida, 1984

BONZO, Héctor. *1093 Tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante*, Buenos Aires: Sudamericana, 1992.

HERRSCHER, Roberto. *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires: Tusquets Editores, 2007

Informe del Teniente de Fragata Médico Dr. Guillermo Klein para un Seminario de Sanidad en COMBATE.

NI COLO, Guillermo. *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra*, Buenos Aires: Editorial Dunker, 2004.

Andrea Belén Rodríguez

Cotidianidad y guerra. Experiencias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas...

ROBACIO, Carlos y HERNÁNDEZ, Jorge. *Desde el frente. Batallón de infantería de marina N°5*, Buenos Aires: Solaris, 1996.

Documentación oficial de la Armada:

Acta de Creación del Apostadero Naval Malvinas, 1/82 “B”, 2 de abril de 1982.

Informe *Rattenbach. Investigación confidencial sobre la conducción política y estratégico-militar de las Fuerzas Armadas Argentinas en la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires: Ediciones Fin de Siglo, 2000.

Relación del personal naval que constituyó el APOSVINAS, Anexo III, 2 de abril de 1982.

Publicaciones periódicas:

Desembarco, “La agrupación de Infantería de Marina Malvinas – AGRUIMVINAS. Gesta Malvinas 1982”, Separata N° 14, Año XXXIX, N° 155, Agosto 1995

Desembarco, “Actuación de las secciones tiradores: 3/D/BIM2 Ec., 2-3/H/BIM3 y Sec. Marinería En Puerto Argentino- Camber. Gesta Malvinas 82”, Separata 10.

Colaboração recebida em 30/07/2009 e aprovada em 09/09/2009.